

CAPITULO XIV.

OTRAS PRÁCTICAS Ó EJERCICIOS PARA HONRAR AL SAGRADO CORAZON.

Los actos que acabamos de sugerir, son sin disputa utilísimos para cualquiera que haya tenido una tierna y asidua devoción al sagrado Corazon de Jesus; mas si alguno quiere una práctica más perfecta, y que con el auxilio de Dios se le haga más fácil, le aplaudiré tan santo deseo mostrándole el camino más perfecto que busca, segun la expresion del Apóstol. (1) Hay una manera de vivir y de obrar sin salir jamás de ese divino Corazon, conformándonos con lo que dice el mismo Apóstol: *Para mí el vivir es Cristo.* (2) Hay una manera de conversar en medio de ese Corazon adorable que hace que *nuestra conversacion esté realmente siempre en el cielo.* (3) Hay la imitacion de sus virtudes, segun ya lo hemos dicho; hay la reparacion de los ultrajes, á los cuales Jesus está expuesto en el Santísimo Sacramento; hay, en fin, el ejercicio de la caridad sobrenatural. Estos son los ejercicios siempre propuestos para la devoción hácia el sagrado Corazon; no podemos olvidarlos por poca voluntad que tengamos de practicar esta devoción; diremos, pues, algo de cada uno en particular.

§ I.

Vivir en el sagrado Corazon de Jesus.

La primera de las prácticas que hemos indicado, es el vivir en el Corazon adorable de Jesus. Nadie crea que trata-

(1) *Æmulamini charismata meliora et adhuc excellentiorem viam vobis demonstro.* I. Cor. 12, 31.

(2) *Mihi vivere Christus est.* Philip. 1, 21.

(3) *Nostra conversatio in cœlis est.* Id. 3, 20.

mos de un refinamiento de perfeccion ú otro misticismo semejante: vivir en el Corazon de Jesus, mirándolo bien, es á la verdad un medio de perfeccion de gran valía, pero de suma sencillez: vivir, es habitar; es tambien obrar; y el alma mora y obra donde ella ama: por esto, alma piadosa, una vez que hayais fijado vuestra morada en ese felicísimo Corazon, desde ese momento, cualquiera accion que hagais, proponeos siempre hacerla con ese Corazon y con el fin de agradarle; si orais, proponeos orar en aquel Corazon y en union con Él; si trabajais, hacedlo en aquel Corazon y con el solo fin de agradarle; ¿vais á comer? proponeos el tomar vuestro alimento en aquel Corazon y con el fin de satisfacerle; platicando, imaginaos que os encontrais en aquel Corazon; y si os acompaña este pensamiento experimentaréis que, con el auxilio de Dios, caeréis con ménos frecuencia en las faltas que se cometen tan ligeramente en semejantes circunstancias: si vais á descansar, proponeos tomar ese descanso en aquel Corazon, y así lo ireis haciendo en todas las acciones del dia, de manera que vivais sin cesar en aquel amable Corazon. ¡Oh! cuánto se vá purificando el alma en aquella afortunada mansion, en aquella hoguera ardiente, y á proporcion que se purifica se une siempre más y más al Salvador!

Despues, cuando esteis afligido, fatigado, perseguido, cosas que no dejarán de aconteceros, si servís á Dios con todo vuestro corazon, ¿qué consuelo no encontrareis en esa mansion divina? Es verdad, direis, que sufro; pero ¿donde estoy sufriendo estas penas y tormentos? precisamente en aquel Corazon que tanto ha sufrido por mí; por mí, alma ingrata que le ha ocasionado tantos motivos de sufrimientos y afliccion por mis ingratitudes: y despues de la humillacion al momento se encuentra la exaltacion, porque debeis agregar con la más dulce confianza en aquel divino Corazon: Es verdad, ¡oh Corazon infinitamente amante! que soy culpable, y que

si Vos no me hubiéseis auxiliado habria caido en faltas mucho mayores; pero, mi dulce Jesus, miéntras más ingrato he sido, más tiernamente me estrechais sobre vuestro amable Corazon, mirando que yo tengo mayor necesidad que cualquiera otro de vuestra proteccion y socorro.

Si os viene á importunar el pensamiento de una ofensa de Dios, por leve que ella sea, ¿cómo será posible que la cometais imaginando que habitais en aquel santísimo Corazon de Jesus? Que el tentador desarrolle todos sus esfuerzos y artificios para haceros consentir en sus perversos deseos, ¿cómo podreis sucumbir cuando por tanto tiempo ha sido ese Corazon vuestra defensa? Por otra parte, cuánto valor, qué consuelo no se siente en todas las circunstancias de la vida, sufriendo en aquel Corazon, combatiendo en aquella fortaleza, y tomando allí aliento y fuerza. Hay en la vida rudos combates, luchas encarnizadas, momentos de negra tristeza; pero nada podrá doblegar á aquel que vive en esa fortaleza inexpugnable; será á la vez asaltado por todas partes por sus furiosos enemigos, él, defendido de sus tiros en esta habitacion de paz, gozará de una tranquilidad perfecta.

§ II.

Entretenerse familiarmente con Jesus en todo aquello que nos conviene.

Si basta el estar en aquel divino Corazon para encontrar todos los bienes, y sobre todo una entera seguridad, ¿qué será tener allí una vida activa y entretenerse en una deliciosa familiaridad con Jesus? Por lo mismo debéis elevar hasta allá vuestros deseos, alma devota que habeis escogido á ese Corazon por morada, y esforzaros á entrar en esa dulce intimidad. La familiaridad con Jesus es el más dulce alimento de

la vida cristiana, es el deseo más ardiente de los santos, porque es el medio más eficaz de llegar á la perfeccion, y si os habeis consagrado una vez á su divino Corazon, ¿qué dificultad hay en la ejecucion de este medio? Por parte de Jesus sabemos que esto es lo que desea, á lo que aspira, lo que con eficacia quiere, puesto que se reduce á semejante estado para atraernos hácia él; por lo mismo es muy fácil el conseguirlo, á ménos que se diga que no ha sido por nuestro amor su costado abierto y atravesado el Corazon.

En cuanto á nosotros, ¿encontraremos algun obstáculo en esto? ¿serán nuestras miserias las que nos alejen de Él? ¿será acaso la gravedad ó la multitud de nuestros pecados?... Muy al contrario, estos son los títulos que nos dan un derecho especial cerca de ese divino Corazon, quien se gloria de ser la esperanza de los desgraciados y el refugio de los pecadores. No temais, pues, de presentaros á Él con cuanta frecuencia podais, y de conversar con él de vuestros intereses ya temporales como eternos, porque esto es en lo que precisamente consiste el ejercicio de la familiaridad con el Corazon de Jesus. El alma que ha hecho allí su mansion, debe tratar con El de cuanto á ella toca, y es imposible que en el curso de la jornada no se encuentre gozos y contrariedades; en cuanto á éstas debemos saber ser agradecidos á ese divino Corazon más que á los beneficios de los hombres; es El, quien en su amor infinito, ha dispuesto las causas segundas en nuestro favor; en cuanto á los otros, debemos entretenernos con él y soportar el peso, conformarnos con calma y resignacion á su divina voluntad. Además, hemos de tener tentaciones que combatir, dificultades que vencer: á ese divino Corazon es á donde es necesario recurrir al momento, sin demora, para recibir los socorros oportunos y despues para tributarle todos los honores de la victoria: si necesitamos de luces para descubrir la verdad y de generosidad para obser-

varla, recurramos á ese volcan ardiente que derrama una luz y claridad infinitas. Los deberes de nuestro estado presentan una materia casi continua para los más dulces coloquios con el Corazon de Jesus; por ejemplo, cuando tenemos necesidad de prudencia para resolver nuestras dudas, de fortaleza para perseverar pacientes, de vigilancia, para evitar las faltas á que estamos habituados; de energía y rectitud, para no dejarnos seducir de nuestra naturaleza corrompida; ó, en fin, de cualquiera otro auxilio, y esto, por decirlo así, á cada instante, hé aquí otros tantos motivos por los que el alma puede, con el mayor fruto, entretenerse y conferenciar interiormente con el sagrado Corazon. Esta es además la práctica que recomienda la B. Margarita en los siguientes términos.

“Luego que os sintais agitados y turbados por cualquier temor, direis á vuestra alma: ¿qué temes si llevas al Corazon de Jesus y su amor; es decir, el tesoro de fuerza y las delicias del cielo y de la tierra? En los momentos del sufrimiento, decid: quiero sufrir sin lamentarme, el Corazon de Jesus me impide temer algun mal.”

“Luego que queráis hacer oracion entrad en el Corazon de Jesus como en un desierto sagrado, y encontrareis allí la razon de por qué habeis de darle á Dios cuanto le debeis, ofreciéndole la oracion de nuestro Señor Jesucristo para suplir los defectos de la vuestra. Amareis á Dios con el amor de aquel divino Corazon; le adorareis por medio de sus adoraciones, le alabareis por sus alabanzas, obrareis por sus operaciones, y nada quereis sino lo que esté conforme á su voluntad.”

He aquí lo que el divino Maestro habia enseñado á esta alma santa.

Tambien, antes de comenzar cualquiera accion es bueno dirigirla á ese divino Corazon, en el curso de ella renovar la intencion, ofreciéndosela al terminarla, para que toda sea prac-

ticada por Él solo. El padre de familia puede tratar con El los negocios de su casa y la educacion de sus hijos; la madre puede tambien tratar de las virtudes que desee inculcar á sus hijos y los defectos que quiera precaver. El artesano, le hablará de los intereses de su profesion; el negociante, de su comercio; el empleado público, de sus negocios; el soldado, de sus desgracias; el magistrado, de su administracion; el sacerdote, de su ministerio; el religioso, de su perfeccion; cada uno, en una palabra, de cuanto ame más en el mundo. ¿A quién confiaremos mejor que á ese divino Corazon, las impresiones que asaltan de improviso, las angustias que nos abaten y los gozos que nos enajenan? ¿A quién mejor que á El confiaremos las inquietudes que nos atormentan, las desgracias que nos amenazan y las calamidades que nos persiguen? El que ha encontrado un amigo verdadero en el mundo, ha encontrado todos los bienes; porque está cierto de tener en él un corazon con quien compartir sus penas, que le sostendrá y ayudará, que le consolará, animará y dirigirá, que será en otro él mismo, pero ¿dónde encontrar un corazon que pueda hacer todo esto con mas sabiduría, que lo quiera mas eficazmente, y que lo haga con mayor ternura, que aquel Corazon donde el amor por nosotros no reconoce límites?

¡Ah! dignese el Señor, en su infinita misericordia, hacernos comprender que en el Corazon de Jesus poseemos el puerto mas seguro, y entónces no seremos azotados más por tantas y tan furiosas tempestades durante el curso de esta miserable vida. Si hablamos un poco ménos con los hombres y un poco más con El, nuestras zozobras serán menores, más leves nuestros temores, y la desconfianza por el temor de Dios desaparecerá, así como las iras, las imprecaciones y las blasfemias; así será, gracias á ese divino Corazon, de donde conseguiremos el auxilio y la proteccion, mediante un humilde recurso á Él.

§ III.

Imitar las virtudes del Corazon de Jesus.

A los entretenimientos familiares con el sagrado Corazon es necesario gozar de otro ejercicio que es también muy querido de los amantes más fervorosos del divino Corazon. La amistad perfecta encuentra la igualdad entre aquellos que ha unido ó muy pronto la produce; el Corazon adorable de Jesus no puede ni debe conformarse al nuestro, por lo mismo exige que nosotros conformemos el nuestro al suyo; y este es realmente uno de los cuidados más expresos de los que están íntimamente unidos á ese divino Corazon; no por esto es nula la devocion, como algunos exajeran, si no llega á producir este efecto particular, sino porque es perfecta al llegar á esta altura. Considerando, pues, que allí están todas las virtudes en el más alto grado, y que Él nada desea tanto como servirnos de muestra para copiar, le toman por modelo y se empeñan con todo el celo de que son capaces, en retratarlo fielmente en ellos: ¿cómo podré decir cuán agradables los hace este ejercicio á Jesus? Su divino Corazon arde en deseos de unirse á nosotros lo más estrechamente que sea posible; pero si no procuramos quitar los obstáculos y disponer nuestros corazones, esta intimidad jamás será perfecta.

Si mirando su humildad abatimos nuestro carácter altivo; si á la sombra de su pureza, ponemos un freno á nuestros sentidos; si contemplando su despego de la tierra nos elevamos hácia el cielo, entónces desaparecerá la distancia que nos separa de Él y podrá darnos el beso de paz: cada paso que nos acerca á la virtud ó que nos aleja del vicio, es una liga, una cadena que nos adhiere más estrechamente á Él.

Quien quiera aplicarse á tan saludable ejercicio, marcará en adelante, que encontrará allí reunidas todas las virtudes

que convienen á su estado. Ese Corazon es el tipo más perfecto de toda perfeccion y de toda santidad. Las personas seculares pueden allí copiar el amor arreglado que se debe al prójimo, el cuidado discreto de los intereses de su familia, y la manera de vivir en el mundo sin ser del mundo. Los religiosos encontrarán allí el retiro, que es el alma de la vida interior, el celo que es la vida de su ministerio. Los sacerdotes seculares tienen allí reunidas la dulzura y la santidad, con la prudencia y la reserva que les son tan necesarias. Las vírgenes consagradas á Dios, así como las que viven en medio del mundo, estudiando los sentimientos de ese divino Corazon aprenderán á no agradar sino á Él solo. En una palabra, cada uno encontrará, si quiere, las virtudes en armonía con el estado de su vida, y las encontrará en un grado infinitamente perfecto y unidas á una gran abundancia de gracias, dotadas de atractivos tan seductores, que nada le será tan dulce como el imitarlas.

Y si cada uno desea un medio más especial y práctico de retratar en sí las virtudes de Jesucristo, procure leer bien el reglamento de vida que la B. Margarita escribió con este fin; que aunque destinado á las religiosas, se adapta mediante algunas ligeras modificaciones á toda clase de personas. Hélo aquí:

“En la mañana, despues de habernos puesto bajo la proteccion de la santísima Virgen, le pediremos nos presente á Jesus en el Santísimo Sacramento para honrar allí la ofrenda que hace de sí mismo á su Eterno Padre; uniremos nuestras almas á la suya para que las preserve del pecado: uniremos nuestros corazones á su Corazon sagrado, para que allí consuma cuanto le sea desagradable; uniremos todo nuestro sér á todo su Sér divino para que supla todo lo que á nosotros falta.

Uniremos nuestra oracion á la que Jesus hace en el Santí-

simo Sacramento por nosotros, y al terminarla ofreceremos á Dios lo que el Divino Salvador hace allí para reparar todos los defectos y pérdidas de tiempo que hayamos tenido.

“En el Oficio uniremos nuestras alabanzas á las de Jesus. Procuraremos entrar en sus santas intenciones, para que en todo nos supla cerca de su Padre: le imitaremos en la obediencia que dá al sacerdote bueno ó malo que le ofrece; Él se pone en sus manos para morir allí místicamente, toma la cualidad de hombre para así dejarse inmolar ó sacrificar segun los deseos del sacerdote que consagra, sin que Jesus muestre repugnancia. Para conformarme á Él, me entregaré pronto á la obediencia, y como una Hostia de inmolation, me pondré entre las manos de mis superiores, sean quienes fueren, para que muriendo á todas mis voluntades, inclinaciones ú ódios, puedan ellos disponer de mí á su mayor agrado sin que yo muestre la repugnancia que sintiere en ello. La violencia que me haga será para honrar la que mi Jesus se hace para entrar en las almas subyugadas por el pecado, á quienes tiene tanto horror, que cada vez que entra renueva, por decirlo así, aquella agonía mortal que sintió en el Jardin de los Olivos.

“Su vida en ese Sacramento es toda oculta á los ojos de las criaturas, que nada perciben más de las pobres y humildes especies del pan; por lo mismo procuraré reconcentrarme de tal manera que jamás tendré gozo mayor, que cuando ya no vea aparecer en mí sino lo que hay de más pobre y despreciable, para estar siempre oculta bajo la capa de la humildad, por los desprecios y humillaciones de las criaturas. Con esto procuraré aliviar á mi Jesus en los desprecios, las injurias, los sacrilegios, las profanaciones y otros ultrajes que sufre en esta vida oculta, sin que jamás se canse ni se queje de ellos. En esta vida no me quejaré ni me excusaré de sufrir, pensando que cada uno tiene derecho á acusarme, á humillar-

me y á hacerme sufrir, puesto que el amor del sagrado Corazon me obliga á sufrirlo todo sin examinar la causa.

“Jesus está siempre sólo en el Santísimo Sacramento, y allí no habla sino con Dios. Para conformarme á Él, por todas partes andaré sola conversando interiormente con Jesus solo; mi entendimiento no tendrá otra curiosidad que la de conocerle, ni mi corazon otro ardor y deseo que el de amarle. Allí está en un estado de muerte, al considerar la vida de los sentidos: es necesario, pues, que yo haga consistir todas mis delicias en no tener contento alguno, renunciando á cuanto me lo pueda procurar y mortificándome en todo lo que pueda contentar á mis sentidos.

“Cuando vaya á comer, pediré á mi Jesus me guarde de mí misma; le rogaré que aquel alimento que voy á tomar por su amor y la obediencia, me sirva como una comunión espiritual, por la que su gracia se reparta en mi alma y la alimento, y que mi corazon se sustente de su amor.

“Cuando vaya á la recreacion, me empeñaré en recrear al Corazon de Jesus, hablando voluntariamente de Él, y consagrando todas mis palabras al Verbo divino, para que no permita que yo pronuncie alguna que no sea á su mayor gloria; como tambien aceptando con todo mi corazon las humillaciones y contradicciones que me acontecieren.

“Cuando sienta calor, le pediré, á Él que es el horno ardiente del amor puro, encienda de tal manera nuestros corazones de ese fuego divino, que consumiéndose en él, se vuelvan todos amor para amarle incesantemente.

“Cuando experimente la sed, será para honrar la que el Corazon adorable de Jesus tiene de la salvacion de los hombres y de ser por ellos conocido, adorado y amado en el Sacramento de su amor.

“Para tomar mi descanso, lo uniré al que mi Salvador tomó desde toda eternidad en el seno de su Padre y en el San-

tísimo Sacramento: le ofreceré todas mis respiraciones y los movimientos de mi corazón, para estar en su presencia durante el sueño, como otros tantos actos de amor y de sacrificio de todo mi ser: le pediré que me conceda que este descanso sea para darme nuevas fuerzas para servirle.

“Luego que tenga la dicha de recibirle en la santa Comunión, ofreceré ante el Padre Eterno las santas disposiciones del Corazón inmaculado de María en los momentos de la Encarnación del Verbo, y las uniré á las de su divino Hijo, para suplir las que me falten para recibirlo dignamente; y al haberlo recibido lo ofreceré á su Eterno Padre, como si Él mismo fuese mi acción de gracias, mi reconocimiento y mi acto de adoración y de alabanza hácia Dios. Pediré á ese divino Salvador, en aquel momento, la reparación de todos los defectos de mi alma, y que se cumplan en mí todos sus designios; le pediré también, que así como Él jamás ha faltado á las leyes que su amor le ha impuesto en este divino Sacramento, jamás me permita que yo olvide las obligaciones de mi estado. Sea Dios bendito.”

§ IV.

Reparar los ultrajes hechos al amor de Jesus.

Después de haber hablado de la familiaridad con Jesus, y de la práctica de las virtudes cristianas que tienen en su Corazón un estímulo y apoyo tan poderoso, hay que dar un paso adelante para buscar cuál es el acto ó ejercicio más agradable de todos á su divino Corazón. Pues, recordando lo que hemos dicho hasta aquí, no es difícil descubrir lo que Jesus ha querido principalmente en vista de esta devoción. Quiere ser desagraviado de los ultrajes hechos á su amor, y desagraviado por un amor más ferviente: tal es el deseo que ha manifestado por su misma boca, y esto es lo último á que

se dirige este culto; por lo mismo hemos de dar el principal lugar, sobre todos los otros, al ejercicio de reparación y de ofrenda. No llamará la atención que Jesucristo haga tanto mérito de los actos de reparación y ofrenda honorable, si se considera atentamente en qué consistan.

En efecto, ¿qué se entiende bajo el nombre de reparación? La reparación supone primeramente que se tiene una idea grande de los títulos infinitos que Jesus posee sobre nuestro amor, sea por Él mismo, sea también en razón de los beneficios que le debemos; por lo mismo, sintiendo vivamente el ultraje que le hacen aquellos que, en vez de amarle, no cesan de ofenderle, emprendemos el desagraviarle. Los pecadores quitan á Jesus de este lugar de honor, de respeto, de sumisión, de amor que debería ocupar en todos los espíritus y en todos los corazones; hacerle una reparación honorable, es de alguna manera restituirlo sobre el trono que le es debido y reparar la afrenta que ha recibido por los homenajes proporcionados: por esto se verá que la reparación comprende un acto de profundo respeto hácia las grandezas inefables de Jesucristo, y por los absolutos derechos que tiene á la sumisión entera de toda criatura: esta clase de honor es la que reclama cuando pide ser Él sólo el objeto de nuestras adoraciones, y al querer que todos los corazones le estén consagrados. Por otra parte encierra un amor correspondiente á la estima que se ha formado de Él, porque solo movidos del amor podremos encender en nuestros pechos un santo celo por los intereses de Jesucristo.

Del mismo modo que un hijo respetuoso se presenta algunas veces á su madre ofendida por otro de sus hijos, y le pide perdón en lugar de su hermano; ó como un súbdito fiel se presenta ante su príncipe jurándole fidelidad eterna en cambio de las traiciones de los súbditos rebeldes; ó en fin, como un esposo redobla las atenciones y caricias á su espo-